

Sévilla, Jean

Históricamente incorrecto. Para acabar con el pasado único,

Ciudadela Libros, Madrid, 2006.

En los últimos cinco años se han venido publicando algunas obras en las que se ha querido rehabilitar la interpretación conservadora de ciertos acontecimientos históricos cuya imagen deslegitimaba cualquier postura no progresista. Estas interpretaciones han querido demostrar que en la Guerra Civil no se enfrentaban demonios y ángeles y que la Revolución Francesa se puede considerar un paso siniestro hacia la consecución de la libertad política. Estos libros se pueden enmarcar en un deseo general por parte de la derecha de acercarse a materias culturales, que en los últimos cuarenta años, siendo plenamente fieles a los planteamientos de Gramsci, habrían pertenecido exclusivamente a la izquierda. Estos libros no pasan de ser un grano de arena conservador en un desierto proizquierdista. De todas maneras han conseguido cierto éxito de ventas. Parece que los votantes de derecha no son tan culturalmente ineptos como a sus dirigentes les gustaría que fuesen.

En esta obra, Jean Sévilla trata de desmentir algunas interpretaciones históricas, algunos clichés que suelen servir como discurso legitimatorio, a pesar de la falsedad de los argumentos y los fundamentos históricos. El libro se compone de dieciséis capítulos, que se abren con las Cruzadas y terminan con la Descolonización. Muchas páginas no pasan de explicar cuestiones relativamente obvias que al mínimamente experto en historia no le resultarán especialmente interesantes. Quizá el punto que pueda atraer al aficionado a la historia venga del tratamiento de las cuestiones francesas, muchas de

212 ellas desconocidas para el lector español. Resulta sorprendente que una historia tan llena de traumas, con tantas persecuciones y venganzas, tan *cainita* al fin y al cabo, se haya considerado como un modelo que los dirigentes españoles han idealizado y querido imitar. Desde luego, en lo que a número de conflictos internos, de purgas y de disensiones se refiere, Francia no tiene nada que envidiar a España.

Existen dos ejemplos que pueden ilustrar el carácter polémico y el atractivo de este libro. El primero de ellos describe la actitud antipopular de muchos ilustrados, como Voltaire, quien concebía que la filosofía y la libertad sólo estaban al alcance de los ilustrados, mientras que el pueblo siempre iba a necesitar la vara. De este desprecio popular nace la defensa de la religión: “Pero Voltaire no es ateo. Si Dios no existiera, habría que inventarlo: es lo que contesta a D’Holbach. En realidad, si este gran burgués tiene un interés por una religión de Estado es con la intención de mantener el orden social. Filosofad todo lo que queráis entre vosotros (...). Pero guardaos de ejecutar este concierto ante el vulgo ignorante y brutal. Si tenéis una aldea que gobernar, le hace falta una religión” (p. 170).

También es interesante, y aquí Sévillia señala uno de los grandes errores del conservadurismo decimonónico, su recuerdo de cómo el sufragio universal resultaba conservador durante el siglo diecinueve: “En mayo de 1849, la elección legislativa lleva al poder a una Asamblea en la que los monárquicos son mayoría. No obstante, reiterando el error de la Restauración y de la Monarquía de Julio, no comprenden que el sufragio universal no es un factor revolucionario: en 1850, la Asamblea reduce en 3 millones el número de electores” (p. 212). Sería muy interesante desarrollar un estudio más detallado del porqué de esta desconfianza del conservadurismo hacia un voto universal que era mayoritariamente conservador.

El libro combina interés y rigor, uno se entera con precisión de anécdotas históricas que desmontan la imagen del pasado que actualmente se defiende. Sin embargo, es una pena que el autor no dedi-

cara unas páginas más a una síntesis explicativa de los porqués de estas desfiguraciones históricas unánimemente reconocidas. ¿Hay una conspiración izquierdista encargada de dar color a todos los discursos legitimatorios? ¿Es la modernidad y nuestro siglo más tendente a la izquierda y, por eso, sus interpretaciones se acogen más benévolamente? Es una pena que la justificación que Sévillia escribe sólo ocupe cuatro páginas, las menos claras del libro, en las que parece situarse en una posición equidistante entre izquierdas y derechas. Aunque gran parte de los tinglados históricos que se ha dedicado a desmentir provenían de la izquierda, el autor prefiere despreocuparse de estudiar o proponer alguna explicación de por qué en la opinión pública contemporánea se han asumido ideas tan extrañas como que la cultura es de izquierdas y la Inquisición de derechas.

Miguel Saralegui

